llevar á la nación judía al estado de exaltación en que se producen los fenómenos extraordinarios, se manifestaron por todas partes las señales de los tiempos. Nadie podría representarse á menos de haberlo estudiado muy de cerca y en las fuentes originales, el estado intelectual de los judíos en aquella época. Lo maravilloso del Evangelio no es otra cosa que el más sobrio buen sentido si se le coloca entre los apócrifos de origen judío y el Talmud. ¿Hay que sorprenderse de que en medio de tan extraño movimiento se haya visto en cierto modo reaparecer los prodigios de los primeros días de la humanidad, y una de esas profundas manifestaciones cuya generación escapa al observador que no se eleva sobre la experiencia vulgar?

Corramos un velo sobre estos misterios que ni la misma razón se atreve á sondar. No es en algunas páginas donde puede intentarse la solución del problema más obscuro de la historia. El sentido crítico, por otra parte, no se inocula en una hora; el que no lo ha cultivado por una larga educación científica é intelectual, encontrará siempre prejuicios que oponer á las inducciones más delicadas. Elevar y cultivar los espíritus, vulgarizar los grandes resultados de las ciencias naturales y filológicas, tal es el único medio de hacer comprender y aceptar las ideas nuevas de la crítica. A aquellos que no tienen la necesaria preparación, estas ideas no pueden parecerles más que falsas y perniciosas sutilidades.

Permítaseme un ejemplo: los cuatro evangelios canónicos refieren á menudo un mismo hecho con variantes bastante considerables en las circunstancias. Esto se explica en todas las hipótesis racionalistas; pues no hay que ser más difícil para el Evangelio que para los relatos históricos ó legendarios de las otras religiones, las cuales con frecuencia ofrecen contradicciones más grandes aún. Pero no sucede así en la

hipótesis sobrenatural de la inspiración. No hay término medio para el Espíritu Santo; una cosa no puede haber pasado de dos maneras á la vez. He aquí, pues, á los ojos de la crítica independiente una objeción decisiva. Y no obstante, no es posible reducir absolutamente la ortodoxia á convenir en ello. Si las circunstancias de los diferentes relatos no son absolutamente inconciliables, dirá que uno de los textos ha conservado ciertos detalles omitidos por el otro, y pondrá de cabo á rabo las circunstancias diversas, á riesgo de componer un relato completamente incoherente. Si las circunstancias son manifiestamente contradictorias, dirá que el hecho referido es doble ó triple, bien que á los ojos de la sana crítica los diferentes narradores se contraigan al mismo acontecimiento. Así es como siendo inconciliables los relatos de Juan y de los sinópticos (se designa bajo este nombre colectivo á Mateo, Marcos y Lúcas), sobre la última entrada de Jesús en Jerusalén, los harmonistas suponen que él entró dos veces una tras otra y con circunstancias casi idénticas. Así es como las tres negaciones de San Pedro, referidas de diversa manera por los cuatro evangelistas, constituyen á los ojos de los ortodoxos ocho ó nueve negaciones diferentes, mientras que Jesús sólo había predicho tres. Las circunstancias de la resurrección dan lugar á dificultades análogas á las que se opone soluciones semejantes. ¿Qué decir de tal exégesis? ¿Que encierra una imposibilidad metafísica? No. Se intentaría en vano reducir al silencio al que quisiera sostenerla; pero cualquiera que tenga el sentido crítico algo desarrollado, la rechazará como contraria á las reglas de interpretación que se seguiría para cualquier otro asunto. Es preciso apreciar también las respuestas que dan los apologistas á las dificultades deducidas del silencio que guardan á veces los evangelistas, y en particular el cuarto, sobre circunstancias capitales ó sobre episodios enteros. Eso no es, dicen, más que un

argumento negativo, del que nada puede deducirse. ¿Pero, se razonaría así en materia profana, y no es de esa clase de argumentos de donde la sana crítica saca á menudo sus más sólidas inducciones?

Pedir á la ortodoxia que aplique á los libros sagrados la misma crítica que á los libros profanos, es pedirle lo que no puede conceder; por otra parte, rehusar el combate en este terreno, es sustraerse á la discusión. He aquí por qué toda controversia entre las personas que creen en lo sobrenatural y las personas que no creen, es estéril. Hay que decir de los milagros lo que Schleiermacher decía de los ángeles: no se puede probar su imposibilidad; sin embargo, toda esta concepción es de tal género, que no podría ya nacer en nuestro tiempo; pertenece exclusivamente á la idea que la antigüedad se formaba del mundo. No es de un razonamiento, sino de todo el conjunto de las ciencias modernas del que se sale este inmenso resultado: no existe lo sobrenatural. Desde que el ser existe, todo lo que ha ocurrido en el mundo de los fenómenos ha sido desarrollo regular de las leyes del ser, leyes que no constituyen más que un sólo orden de gobierno, la naturaleza, sea física, sea moral. Quien habla de encima ó de fuera de la naturaleza en el orden de los hechos, incurre en una contradicción, como quien dijera *sobredivino* en el orden de las substancias. «Rechazando el milagro, dice muy bien M. Litré, la edad moderna no ha obrado con deliberado propósito, pues había recibido la tradición de ello con la de los antepasados, tan cara siempre y tan guardada, pero sin quererla, sin buscarla, y por el solo hecho del desarrollo del que era la confinante. Una experiencia que nada ha venido jamás á contradecir le ha enseñado que todo lo que se refería de milagroso tenía constantemente su origen en la imaginación que se impresiona, en la credulidad complaciente, en la ignorancia de las leyes naturales. Por investigaciones

que se haya hecho, jamás se ha producido un milagro que haya podido ser observado y comprobado.»

Obedeciendo las cosas humanas á leyes más difíciles de apreciar que las de la naturaleza inanimada, la noción de una intervención sobrenatural se defiende ahí con más ventaja. Se había cesado desde mucho tiempo de creer en el milagro físico, y Jesús será aún un milagro psicológico. No se podrá comprender que el contemporáneo de Hillel y de Schammaï sea su hermano, según el espíritu, que la misma savia haya producido paralelamente el Talmud y el Evangelio, el más singular movimiento de aberración intelectual y la más alta creación del sentido moral. En el fondo, sin embargo, esto se explica. Una época, siempre que salga del medio vulgar, puede dar origen á los fenómenos más contrarios. ¿La misma revolución no ha proclamado á la vez la fórmula de los derechos civiles que parece estar destinada á ser la ley del porvenir y aterrado al mundo por escenas de horror? Todo debe esperarse en estas grandes crisis del espíritu humano. Sólo las producciones de las épocas de tranquilidad y reposo son consecuentes con ellas mismas. La aparición del Cristo sería inconcebible en un medio lógico y regular; es lo más natural del mundo en la extraña tormenta que atravesaba el espíritu humano en Judea en el tiempo de que hablamos. Una concepción más amplia de la filosofía de la historia hará comprender así que las verdaderas causas de Jesús no deben ser buscadas fuera de la humanidad, sino en el seno del mundo moral; que las leyes que han producido á Jesús no son leyes excepcionales y transitorias, sino leyes permanentes de la conciencia humana, aplicadas en una de las circunstancias extraordinarias en que aparecen simultáneamente las sublimidades y las locuras, poco más ó menos como la geología, después de haber recurrido largo tiempo para explicar las revoluciones del globo á causas diferentes

de las que obran hoy, acaba por proclamar que las leyes actuales han bastado para determinar aquellas revoluciones. Que se reproduzcan las mismas circunstancias y se repetirán los mismos fenómenos, y que á pesar del agotamiento aparente de las fuerzas creadoras de la humanidad, veremos aún nacer espontáneamente un espíritu nuevo sin personificarse tal vez de una manera tan exclusiva en tal ó cual individuo.

Strauss no hace más que enunciar uno de los principios más determinados del espíritu moderno cuando declara no histórico, á lo menos en cuanto á la letra, todo relato en que son violadas las leyes de la naturaleza, y cuando proclama que la causa absoluta no interviene jamás por actos excepcionales en el encadenamiento de las causas finitas. No busquemos, pues, la dignidad de Jesús en el país de las quimeras. «¿Pues, qué, dice Strauss, prestaríamos mayor interés á algunas curaciones operadas en Galilea que á los milagros de la vida moral y de la historia del mundo, que á la dominación siempre creciente del hombre sobre la naturaleza, que á la potencia irresistible de la idea sometiendo incesantemente á la materia? ¿Qué interés particular puede unirse á un hecho aislado que no tiene otro valor que representar simbólicamente este movimiento eterno?» ¡Cosa extraña! Lo que constituía la grandeza de Jesús á los ojos de sus contemporáneos y de sus primeros adoradores, es para nosotros una mancha en su ideal, un rasgo por el cual este ideal pierde algo de su universalidad para tomar el tinte particular de su siglo y de su país. ¿Quién no padece al ver al teurgo al lado del moralista sublime, al encontrar en los Evangelios al lado del discurso de la montaña y del discurso de la cena relatos de poseídos que, á nacer en nuestros días, no encontrarían más que la sonrisa de la incredulidad?

Separar rigorosamente el Cristo histórico del Cristo evangélico, el personaje real que ha llevado el nombre de Jesús

del personaje ideal que del Evangelio resulta, es cosa imposible. Pero cuando se afirma que Jesús pasó su juventud en Galilea; que no recibió educación helénica; que hizo algunos viajes á Jerusalén, en donde se impresionó vivamente su imaginación y donde entró en comunicación con el espíritu de su nación; que predicó una doctrina poco ortodoxa respecto del judaísmo de los escribas, doctrina impregnada acaso de alguna tendencia provincial (Galilea era mal reputada por la ortodoxia como por la pureza de la lengua); que los judíos rigorosos le hicieron una viva oposición porque su elevada tendencia moral les aventajaba y preocupaba; que lograron condenarle á muerte después de una entrada casi triunfal que le fué tributada por sus compatriotas venidos con él á Jerusalén para la fiesta de la Pascua, no se ha dicho nada por cierto que el historiador más severo no esté obligado á aceptar.

Permitido es reconocer que se ha formado sobre la vida de Jesús un trabajo legendario análogo al de todos los poemas, trabajo en el que un héroe real se hace tipo ideal, sin negar por esto la elevada personalidad del sublime y verdaderamente divino fundador de la fe cristiana. Strauss mismo reconoce que hay historias que están por debajo de la leyenda; pero no lo ha proclamado bastante alto porque sus costumbres teológicas le mostraban un sistema de interpretación más fácil en la hipótesis mitológica tomada en el sentido más absoluto.

Dejemos sin respuesta preguntas que no se podría impedir planteara la crítica, pero acerca de las que sin duda jamás quedará satisfecha. ¿Hasta qué punto la doctrina y el carácter moral que el Evangelio atribuye á Cristo fueron históricamente la doctrina y el carácter moral de Jesús? ¿Fué Jesús realmente un hombre original y celeste, ó un sectario judío análogo á Juan el Bautista? ¿Tenía conciencia de lo que era

y de lo que debía ser? ¿No nos parece Jesús libre de las debilidades humanas sino porque no le vemos más que de lejos y á través de la neblina de la leyenda? ¿No es porque nos faltan los medios para criticarle por lo que nos aparece en la historia como el único irreprochable? ¿Si le tocáramos como á Sócrates, no encontraríamos también en sus pies algo del lodo terrestre? ¿Aquí, como en todas las otras naciones religiosas, lo admirable, lo celeste, lo divino, no corresponde á la humanidad? No ignoro que hay una crítica que desconfía de los individuos y se guarda de darles una parte excesiva; cree que es la masa popular la que crea casi siempre la belleza de los hombres elevados á los honores de la apoteosis: teme comprometer su admiración en cuestiones de personas acerca de las que la ciencia nada puede afirmar; recuerda que de ordinario se observa una gran desproporción entre el papel real de los personajes dependientes de las fundaciones religiosas y sus destinos de ultratumba. San Pedro, un pescador de Galilea, ha reinado durante mil años sobre el mundo; María, una humilde mujer de Nazareth, ha subido por la hipérbole sucesiva y siempre creciente de las generaciones, hasta el seno de la Trinidad. Sin embargo, digamos audazmente que jamás es el azar el que ha designado los individuos para la idealización. La parte de los Evangelios que encierra más circunstancias históricas, es la de la pasión y muerte; pues bien, esta parte es aquella en que Jesús parece tener mucha más grandeza; no hay nadie que leyendo aquellas páginas admirables, en las que el mundo ha encontrado tan alta enseñanza de moralidad, no sienta el reflejo inmediato de un alma grande y no coloque al conmovedor y augusto paciente del Calvario entre aquellos que la muerte ha consagrado. Sin duda la envoltura con que la humanidad cubre ciertos caracteres, casi disimula por completo la realidad primitiva; pero no se podría negar, de un lado, que hay obras que hablan más

alto que todos los documentos, y que si la historia viene obligada á medir la gloria de los individuos por la huella luminosa ó bienhechora que han dejado en el mundo, no debe parecerle en modo alguno exagerado el brillo incomparable de que la conciencia religiosa del género humano ha circundado la frente de Jesús.

El filósofo, lo propio que el teólogo, debe, pues, reconocer en Jesús las dos naturalezas, separar lo humano de lo divino y no confundir en su adoración el héroe real y el héroe ideal. Hay que adorar al Cristo sin vacilación, es decir, adorar el carácter resultante del Evangelio; porque todo lo que es sublime participa de lo divino, y el Cristo evangélico es la más bella encarnación de Dios en la más hermosa de las formas, que es el hombre moral; esto es realmente el hijo de Dios y el hijo del hombre, Dios en el hombre. No se engañaban estos grandes intérpretes del cristianismo que le hicieron nacer sin padre aquí abajo y atribuyeron su generación no á un comercio natural, sino á un seno virginal y á una operación celeste. Símbolo admirable que bajo sus velos oculta la verdadera explicación del Cristo ideal. En cuanto al hombre de Galilea que los reflejos de la divinidad sustraen casi á nuestras miradas, ¿qué importa que nos escape? Seguramente el historiador debe desear aclarar semejante problema; pero en el fondo las necesidades del hombre religioso y moral están en ello poco interesadas. Y bien, ¿qué nos importa lo que ocurrió en Palestina hace mil ochocientos años? ¿Qué nos importa que Jesús haya nacido en tal ó cual villa, que haya tenido tales ó cuales antepasados, que haya sufrido tal ó cual día de la semana sagrada? Dejemos estas cuestiones á las investigaciones de los curiosos. ¿Serían más bellos los poemas homéricos si estuviera probado que los hechos que en ellos se cantan son todos verdaderos? ¿Sería más hermoso el Evangelio si fuera cierto

que en determinado punto del espacio y de la duración de un hombre ha realizado al pie de la letra los rasgos que nos presenta? Nada gana la pintura de un carácter sublime con su conformidad con un héroe real. El Jesús verdaderamente admirable está al abrigo de la crítica histórica; tiene su trono en la conciencia y no será reemplazado más que por un ideal superior; es rey todavía por largo tiempo. ¿Qué digo? Su belleza es eterna; su reinado no tendrá fin. La Iglesia ha sido aventajada y se ha sobrepujado ella misma; Cristo no ha sido aventajado. Mientras un noble corazón aspire á la belleza moral, mientras tanto un alma elevada se estremezca de gozo ante la realización de lo divino, el Cristo tendrá adoradores por la parte verdaderamente inmortal de su ser. Pues no nos engañemos y no extendamos demasiado los límites de lo imperecedero. En el mismo Cristo evangélico morirá una parte: la forma local y nacional, esto es, el judío, esto es, el galileo; pero quedará otra parte: el gran maestro de la moral, el justo perseguido, aquel que dijo á los hombres: «Vosotros sois hijos de un padre celestial.» El taumaturgo y el profeta morirán, quedará el hombre y el sabio, ó mejor dicho, la eterna belleza vivirá para siempre en este nombre sublime como en todos los que la humanidad ha escogido para acordarse de lo que es y embriagarse en su propia imagen. He aquí el Dios vivo, he aquí al que es preciso adorar.

Mahoma y los orígenes del Islamismo

Todos los orígenes son obscuros y los orígenes religiosos aún más que los otros. Producto de los instintos espontáneos de la naturaleza humana, las religiones no se acuerdan de su infancia como el adulto no se acuerda de la historia de su primera edad y de las fases sucesivas del desarrollo de su conciencia: crisálidas misteriosas no aparecen á la luz del día más que en la perfecta madurez de sus formas. Sucede con el origen de las religiones como con el origen de la humanidad. La ciencia demuestra que en cierto momento, en virtud de las leyes naturales que hasta entonces habían presidido al desenvolvimiento de las cosas, sin excepción ni intervención exterior, el ser pensante ha aparecido dotado de todas sus facultades y perfecto en cuanto á sus elementos esenciales; y sin embargo, querer explicar la aparición del hombre sobre la tierra por las leyes que rigen los fenómenos de nuestro globo desde que la naturaleza ha cesado de crear, sería abrir la puerta á tan extravagantes imaginaciones, que ningún espíritu serio querría detenerse en ellas un instante. Es indudable aún que en determinado día, por la expansión natural y espontánea de sus facultades, improvisó el len-